

## PRÓLOGO

### A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

El anuncio de la primera publicación del libro de Anna Griève en Francia, por *Éditions Imago*, a principios de 2010, contenía un párrafo que me hizo saltar y salir disparado a comprar el libro. Es un párrafo que pregunta: ¿Dónde, en los cuentos maravillosos —los que solemos llamar “cuentos de hadas”—, se puede ver la aparición de una figura como Hitler? Y más aún: ¿Cómo reaccionan los personajes ante las propuestas de tal figura? La causa de mi alerta instantánea tiene que ver, por supuesto, con mi gran interés por el vínculo entre los cuentos maravillosos y la creación artística, o —para ser más preciso— con la crítica dramática, la crítica de la escritura y el contenido de la (re)presentación teatral, sobre todo cuando se confrontan temas y actitudes que llamamos “radicales”. Un anuncio tal apunta a la médula del teje maneje dramático, a la constitución emotiva de toda narración: la pertinencia “radical” de lo que “se quiere decir” en lo que llamamos hoy en día *performance* —algo que abarca, claro está, mucho más que la mera expresión escénica. Para mí, se trata también del núcleo efectivo y afectivo de lo que llamamos *psicología*. Y para los que queremos comentar acerca de los ataques “radicales” a las raíces de la humanidad, ahí está Anna Griève, cualificando a Hitler de figura tipo de las que ella llama: el “mal radical”.

Es un placer y un honor, poder escribir este prólogo para la versión en español del libro *Los Tres Cuervos o la ciencia del mal en los cuentos maravillosos*, de Anna Griève, y compartir mi entusiasmo con lectores hispanohablantes. Para explicar algo del impacto de sus ideas y temáticas, debo compartir algunas de las anécdotas y sincronías del encuentro con el libro, y posteriormente con Anna Griève, quien hoy contribuye de manera activa (¡incluso teatralmente —a sus setenta y cinco años!) en las actividades de *Pantheatre*. Cuando el libro fue publicado, en la prensa francesa ¡no hubo ni un solo comentario! Esto se debe, sin duda, a los residuos de la alergia atávica que le tiene la *intelligenza* francesa a C.G. Jung. ¡No vieron caer este meteorito intelectual! Apenas tuve el libro en

las manos escribí a Anna Griève, pero mi correo electrónico no le llegó. Anna Griève vive bastante retirada, en la punta oeste de la Bretaña, pero mantiene un pequeño *pied à terre* en París, del que se ocupa una joven estudiante suya. Da la casualidad que esta joven es amiga de una actriz que trabajaba con mi esposa —a su vez codirectora de *Pantheatre*—, Linda Wise, quien le señaló que en la página electrónica de *Pantheatre* no sólo había una presentación entusiasta del libro, sino que en la bibliografía de estudios jera considerado el “libro del año”! Anna Griève, con su característica impulsividad, ¡se presentó esa misma tarde en nuestro piso en París! Siguiéron diálogos intensos y una larga serie de colaboraciones, que continúan en curso.

Hacía ya más de un año que por mi parte le daba vueltas, en la cabeza y en laboratorios teatrales, al montaje de un *performance* unipersonal sobre Hitler: voy por los 65 años (“...de hecho nací un año, cuatro meses y cuatro días después de que Hitler se suicidara en su bunker en Berlín.” —esto lo digo durante el *performance*), y sentía una necesidad absoluta de confrontar la sombra que proyectó esta figura sobre mi vida. A veces me es difícil creer que ocurrió tal realidad histórica y que sucedió todo eso —la peor pesadilla de la humanidad. Recuerdo incluso, en el Perú de mi infancia, ecos sumamente ambiguos sobre los nazis y Hitler. Luego, en la escuela, vino el terrible *shock* de las imágenes filmadas durante la liberación de *Auschwitz* —los *bulldozers* empujando montañas de cadáveres esqueléticos. No podía creerlo, me parecía “inimaginable”. Y yo ¿qué hubiera hecho en tales circunstancias? Miraba a los vecinos judíos hasta con miedo y angustia. El *performance* sobre Hitler, que he presentado unas diez veces en los últimos meses, es un modo de dialogar con los fantasmas y memorias de los que vivieron ese infierno —sobre todo los judíos—, y de expresarles mi respeto.<sup>1</sup>

Fue el libro de Anna Griève el que me dio el empujón y la confianza psicológica que necesitaba —algo así como el salvoconducto para salir a bailar, cantar y hablar en ese infierno. Hay, como ya lo he indicado, algo que considero fundamental en su proposición del “mal radical” y es precisamente la cuestión de la radicalidad —o, por así decirlo: la cuestión

1 El detonador de esta empresa fue el excelente libro de Alex Ross, *The rest is noise*, Picador, EUA, 2007. Especialmente sus capítulos sobre la música bajo los regímenes de Stalin y Hitler, y los casos de consciencia de Shostakovich y Prokofiev. El entierro de Prokofiev tuvo lugar en Moscú ¡el mismo día que el de Stalin! —y claro, sólo un puñado de amigos se atrevieron a ir al “otro” entierro.

del ataque a las raíces de la humanidad. Está claro para mí, o digamos para mi generación de artistas, que no nos hubiéramos involucrado en el arte si no fuera en busca de radicalidad. Pero el ansia y la ambición de explorar esa radicalidad tenía, en mi caso, que ser relativizada e informada, por una consciencia cultural de lo más exigente y profundamente honesta, y por así decirlo: con la mayor consciencia psicoterapéutica posible. Y lo que más admiro en Anna Griève, además de su intrepidez intelectual, es su tino ético y psicológico: ¡sabe y atina!

Más aún, considero que hay un gran peligro en la fascinación por la radicalidad, más allá de la iconoclasia anti-conformista que diría es indispensable e inherente en la destructividad del modernismo: destruir para luego poder construir —como también lo lleva el concepto post-moderno derridiano de *deconstrucción*. Este tipo de destrucción implica una conquista a nivel de la consciencia, por ejemplo en el dismantelar de las ilusiones o en lo que el barroco llama: el “desencanto”. El peligro, y la responsabilidad crítica, residen en la dinámica ética que lleva consigo el contrapunto estético y la ruptura “radical” que buscan tantas propuestas artísticas contemporáneas. Existe en la modernidad una fascinación, diría ontológica, por el mal, sobre todo desde Baudelaire y *Las Flores del Mal*, que también informa y dinamiza, por ejemplo, el concepto junguiano de “Sombra”. Aquí la posición de Anna Griève es ejemplar y tajante, e incluye una crítica muy fina, y sorprendentemente lúcida, del optimismo terapéutico de C.G. Jung en su confrontación con el nazismo y con lo que yo describiría como las actitudes chamánicas de Hitler —su manera impulsiva, irracional y directa de dialogar con el inconsciente. Jung lo vio incluso como una afinidad entre él y Hitler —y fue el tono de tales comentarios los que exacerbaron tantos reproches en torno a sus supuestas simpatías nazis y su supuesto anti-semitismo.<sup>2</sup> En relación a la propuesta de un mal radical, Anna Griève introduce el concepto de *descreación* y considera que el mal radical es una inversión de las dinámicas creativas humanas, y que no es transformable, que no tiene posibilidad de terapia. Las acciones que Anna Griève analiza en los cuentos maravillosos, cuando se presenta el mal radical, son así de crueles y, muchas veces, así de excesivas —un punto ético importante para quien aborda la “radicalidad” artística. La alteración del mal, y

2 Quizás el análisis más acertado de estas polémicas está en el reciente libro de Sanford L. Drob, *Kabbalistic Visions: C.G. Jung and Jewish Mysticism*, Spring Journal Books, Nueva Orleans.

más aún del “mal radical”, su manera de “alterar”, ejerce una seducción de tipo demiúrgico en los artistas —un asunto grave y que incluye los riesgos de los pactos con el diablo. Anna Griève despierta y agudiza la crítica ético-estética con la precisión y vivacidad de su juicio ético, algo que considero indispensable en la creación artística —como lo es en el encuentro psicoterapéutico. Nos alerta del más mínimo detalle que indique la presencia del mal radical.

Como artista y *performer* tuve la suerte de tener tres mentores en la confrontación con Hitler —dos de ellos muy conocidos por los lectores de *Editorial Fata Morgana*. James Hillman, quien hablaba a menudo, precisamente, de la necesidad de imaginar aquello que a veces llamamos “inimaginable”,<sup>3</sup> y de buscar en los rincones de la imaginación los caminos por donde surgen figuras que se ponen a actuar de manera “inimaginable”. La segunda persona fue Rafael López-Pedraza, quien vino a visitarnos a Francia en 1983, rumbo al congreso junguiano de Jerusalén, donde impartió su conferencia sobre la *Ansiedad Cultural* y compartió con nosotros sus notas sobre los excesos malignos del titanismo, y de lo que hoy llamamos comportamiento psicopático. La tercera figura, quizás menos conocida en círculos junguianos, fue Roy Hart, quien también tuve la suerte de tener como amigo y profesor. Roy Hart era judío, y el *performance* de Hitler era un tema que mencionaba muy a menudo. Su filosofía de la voz y de la expresión teatral, lo que él llamaba *singing* (cantar), se podría incluso resumir como sigue: “Si no logras cantar a Hitler, peligros que Hitler en cierto modo te cante”. Y podríamos añadir en español: “te encante”.

Los artistas y alumnos de *Pantheatre* a los que presenté el libro de Anna Griève como base crítica de estudios dramaturgicos, no han estudiado necesariamente a Jung; conocen un poco su terminología, sin que muchos hayan ahondado los esquemas teóricos de la psicología junguiana —y quizás son, como yo, más “hillmanianos” que “junguianos”. El hecho es que la introducción de Anna Griève a su libro *Los Tres Cuervos o la ciencia del mal en los cuentos maravillosos*, es una ardua exposición no sólo de los principios de base de la filosofía junguiana sino, también, de cómo ella sugiere utilizarlos —sobre todo de la dinámica arquetípica, de la síntesis de los opuestos y de la individuación. ¡Pensé que serían pocos los que lograrían atravesar tal antecámara! A mí me

3 En su último libro, *A terrible love of war*, Hillman vuelve repetidas veces a la cuestión de figurarse lo “inimaginable”. Lo hizo particularmente en referencia a la guerra en Bosnia Herzegovina y a la masacre de Zebreniska, y al hecho de que la escritora norteamericana Suzan Sontag escribiera —probablemente como yo acabo de hacerlo— que fue “inimaginable” lo que sucedió.

pareció nítida y ejemplar la manera en que Anna Griève expone sus referencias teóricas —y eso que las dialécticas oposicionales y el concepto de individuación no son herramientas teóricas que suela utilizar a menudo. Por estas razones les aconsejé una manera alternativa de abordar el libro: empezar por el final, con el capítulo que narra y analiza el extraordinario cuento gitano *La princesa de la montaña de hielo* (capítulo VI de la presente edición).

Los apuntes de Anna Griève que dan pauta a este cuento son, me atrevería a decir, “exquisitos”, en su manera de analizar y, sobre todo, de corresponderle a los movimientos psicológicos del cuento: a la inocencia de Fedma; a la astucia en las iniciativas de Rojo, su amigo-mentor; al “amor cultural” de la primera princesa; a la terrible frigididad de la princesa de la montaña de hielo; y al mago-hermano, la figura del mal radical. El hecho es que los esquemas “oposicionales” de este cuento son paradigmáticos (el desenlace final ¡ni Hollywood podría igualarlo! —aunque de seguro saldrá la película...), y ponen en evidencia el álgebra binaria junguiana en un territorio donde la noción de opuestos adquiere todo su valor dinámico, biológico y psicológico: la atracción erótica-sexual. Al empezar la lectura del libro con este cuento, uno entra de lleno, a la vez, en una trama narrativa excepcional —gracias sin duda al carisma y a la “maña” de la psique gitana—, y en el esquema oposicional junguiano, que Anna Griève cuadra con absoluto rigor, llevándonos hasta la confrontación final con la figura del mal radical. Dentro del planteamiento oposicional junguiano, considerándolo como *Weltanschauung* —cosmovisión filosófica del mundo, o, como escribí, matriz “algebraica” y, más bien, abstracta—, surgen dos nociones que nos llevan hacia la figuración y que son, en cierto modo, la mitología de esta “álgebra” psicológica, su teatralización: me refiero a las nociones de *Ánima* y de *Animus*. James Hillman las comenta, sobre todo la figura femenina de *Ánima*, en su magistral libro, *Anima: An Anatomy of a Personified Notion*, que considero como el libro clave para entender y apreciar su aporte a nivel de la imaginación artística. El rigor, más bien escolástico, de Anna Griève nos brinda una lente cristalina de gran sensibilidad y humanidad para observar esta mitología: me parecen muy acertadas sus conclusiones, al cerrar el libro, sobre lo que define como “mal radical” y su fenomenología contemporánea —refiriéndose a eventos que hoy, y después del Holocausto, calificamos de genocidios, como lo que sucedió en Bosnia Herzegovina, en Camboya y en Ruanda—, actualizando así el pensamiento de Jung, de Marie-Louise von Franz, y de otros grandes pensadores en este terreno, como Hanna Arendt.

Como he tenido la suerte de dialogar con Anna Griève, disfrutar de su amistad, y de abrirle un foro de discusión entre los artistas asociados con *Pantheatre*,<sup>4</sup> han surgido temas y trasfondos filosóficos que hemos abordado con mucha cautela y que seguimos explorando. Uno de ellos es la posición de la víctima, y de lo que también habría que llamar “la mitología victimaria”. ¿Se puede hablar de “víctima radical” y de “daño radical”?<sup>5</sup> ¿Hasta dónde, a nivel de la consciencia psicológica, se puede uno deslindar de la responsabilidad de los acontecimientos, acusando a una figura maligna? Los argumentos y posicionamientos de Anna Griève son claros y equilibrados —en esto me recuerda la gran seriedad de Rafael López-Pedraza. Como artista, suelo buscar la voz del riesgo —y provocar (*pro voce*, después de todo). El tema de fondo que surge a menudo pertenece a las actitudes de toma de responsabilidad meta-filosófica, cuando uno confronta, analiza y asume el daño, la deformación, el quebranto, las heridas y el fracaso como cicatrices constitutivas del “hacer alma”. ¿En qué momento, por ejemplo, puede uno pasar al planteamiento que dice que uno elige a sus propios padres? Anna Griève nos comunicó que está escribiendo un libro autobiográfico, en el cual expone sus confrontaciones personales con el mal y, sin duda, con el mal radical. Lo esperamos con mucha antelación.

Estas últimas reflexiones conclusivas pertenecen más a un epílogo que a un prólogo como éste. Las incluyo porque la riqueza de *Los Tres Cuervos o la ciencia del mal en los cuentos maravillosos* me llevó a un viaje de actualización y de enriquecimiento ético en mi quehacer artístico. Cual sea el ámbito de interés personal o profesional del lector, le deseo un viaje similar y que disfrute del gran placer y desafío psicológico y cultural que nos brinda Anna Griève.

*Enrique Pardo,\* París, julio 2012.*

4 Acerca de *Pantheatre*, visite la página electrónica: [www.pantheatre.com](http://www.pantheatre.com).

5 Obviamente, y siguiendo un esquema oposicional, habría que hablar también del “Bien radical”, pero intuyo que acabaríamos con el famoso encuentro de los opuestos y con una alianza infernal: la imposición de una ideología del Bien.

\* Enrique Pardo es artista, director de teatro y pintor. Fundador y director, junto con Linda Wise, de *Pantheatre*, con sedes en París y en Malérargues, Centro Roy Hart, Francia. Desde su fundación en 1981, *Pantheatre* ha producido más de 30 espectáculos, así como ha organizado proyectos pedagógicos y de investigación alrededor de todo el mundo —siendo el más famoso el *Festival Mito y Teatro*.